

que hay en la otra habitación, cuando por medio de palabras mentales, sigo en mi cabeza un largo razonamiento, cuando doy curso á lo que podría ocurrir si adoptara determinada conducta, no solo tengo en el espíritu la imagen del reloj, la de los sonidos y los movimientos vocales que acompañarían á mi razonamiento pronunciado en alta voz, la imagen de los gestos, emociones, hechos que provocaría en mí y fuera de mí el paso que diera, sino que también sé que todas estas imágenes son simples imágenes actuales. Esta vez, la alucinación está enteramente impedida; la fantasmagoría interna, reprimida en el momento de nacer, no se presenta sino como fantasmagoría, y aquí el mecanismo de la representación es fácil de atestiguar.

Dos casos extremos se presentan y resumen todos los demás.—En el primero, la imagen es un recuerdo reducido y empobrecido. Cada cual sabe que en el estado primitivo la imagen es un recuerdo, un recuerdo pleno y circunstanciado. He visto cien veces este reloj que me figuro; he oído ó leído mil, diez mil veces estas palabras mentales que ruedan por mi espíritu, he notado treinta ó cuarenta veces el gesto de admiración, la sonrisa de placer, el acento de cólera que imagino; la prueba de ello es que de nuevo me acuden; si sé, es que me acuerdo. Pero ciertamente, cuando por primera vez los he observado, me han sorprendido sus acompañamientos; un momento después, recordando, podría decir sus inmediaciones, la chimenea provinciana en que durante mi infancia se hallaba el antiguo péndulo, el nombre de la persona que hacía el gesto, el título del libro en que estaba la palabra.—Tomemos una palabra

latina, *securis*. Sin duda alguna, la noche del día en que la he aprendido, recordaba la gramática ó el diccionario en que la había leído, mi libraco de escolar, el lugar preciso, tal línea de una página arrugada y manchada de tinta. Pero, desde entonces, estas circunstancias han desaparecido, la repetición y la distancia las han borrado (1); la imagen que entonces situaba yo en determinado lugar de mi pasado ha perdido los pormenores que la situaban. Ahora en vano la hago correr á todo lo largo de mi experiencia anterior; no se enlaza á ninguno de los anillos sucesivos. Está demasiado gastada, embotada, no tiene ya los ángulos entrantes y salientes, las extremidades especiales y propias que la encajaban delante ó detrás de tal otro recuerdo distinto. No la encuentro ya extremo anterior ó posterior que se confunda ó coincida con los de otro hecho determinado. Rueda así, vulgar; si la descubro su rincón en la vaga lejanía de la infancia, es por conjetura y razonamiento; por sí misma, no se la encuentra en modo alguno; no tiene ya su parte anterior y posterior, está privada de situación.—Y si se mira el porvenir, su caso es el mismo, puesto que su existencia futura aparece como sometida á tal ó cual condición, entre otras variable á mi voluntad y puesto que en el reino del porvenir, es todavía vulgar, capaz de intercalarse en tal ó cual momento de mi experiencia futura, tanto como en tal otro.—De ambos lados, la situación le falta; por esencia, flota; no puedo fijarla, *afirmarla*; en esto, se opone á los juicios afirmativos ante-

(1) Véase primera parte, libro II, cap. II, leyes de desaparición de las imágenes.

riores, previsiones y recuerdos. Por eso, cuando, como ellos sufre la represión de las sensaciones contradictorias, es contradicha, no parcialmente como ellos, sino absolutamente, y no puede aparecer sino como sensación en ningún lugar situada, es decir, como sensación simplemente aparente y desprovista de la verdadera existencia.

Tal es el primer caso; veamos el segundo, enteramente inverso. Se trata de estas representaciones precisas, intensas, coloreadas, á que llega la imaginación de los grandes artistas, Balzac, Dickens, Flaubert, Enrique Heine, Edgar Poe (1); he citado ya algunas. Llegan á ocasionarse momentos de alucinación, pero solo son momentos. Con este motivo, M. Flaubert me escribe: «No asimiléis la visión interna del artista á la del individuo verdaderamente alucinado. Conozco perfectamente los dos estados; hay entre ellos un abismo. En la alucinación propiamente dicha, siempre hay terror; sentís que vuestra persona se os va; creéis que vais á morir. En la visión poética, por el contrario, hay alegría; es algo que entra en vos. No es menos verdad que ya no se sabe donde se está.» Añade más adelante: «Muchas veces esta visión se verifica lentamente, pieza por pieza, como las diversas partes de una decoración»; pero, frecuentemente también, es súbita, «fugaz como las alucinaciones hipnagógicas. Algo os pasa por la vista; entonces es cuando precisa arrojarse encima, ávidamente».—Mi propia experiencia concuerda con estas observaciones. Cuando el paisaje, la figura que actúa, el gesto y la voz del personaje comienzan á surgir y á precisarse, se

(1) V. anteriormente, primera parte, libro II, cap. I.

espera, se contiene el aliento; algunas veces entonces todo aparece repentinamente; otras lentamente, después de intervalos de sequedad.—Pero en ambos casos lo que aparece es esperado, querido, ó al menos comprendido en el círculo elástico de las imágenes esperadas y queridas, luego inmediatamente empleado, utilizado por la mano que escribe y anota, por tanto seguido en el momento de sensaciones represivas, en todo caso señalado desde su nacimiento con un carácter particular que es la propiedad de abrirse por un esfuerzo personal, en una dirección prevista, después de una investigación previa, como un efecto del interior y no como una impresión de fuera; de suerte que después de un relámpago y un deslumbramiento, las sensaciones habituales, táctiles, musculares ó visuales pueden, sin dificultad, recobrar su ascendiente normal, y unidas á la serie de recuerdos positivos, rechazar el fantasma debilitado al mundo imaginario.—Una serie de alucinaciones muy cortas que, siendo queridas, pueden ser y son efectivamente rotas y negadas á cada momento por la percepción más ó menos vaga del mundo real, esto es, la visión pintoresca ó poética, muy distinta, como dice M. Baillarger, de la alucinación propiamente dicha, que nace de improviso y sin el concurso de la voluntad, que persiste á nuestro pesar, que se desarrolla por sí, irregularmente, fuera de toda espera y que nos parece obra de una fuerza extraña.—En sí los dos hechos son semejantes. Pero contrastan por sus precedentes y sus consecuencias, siendo el primero producto armónico de todas las tendencias reunidas de la planta humana, y el segundo el aumento exagerado de un elemento discorde

que, como un órgano hipertrofiado y sustraído á la vida general, se desarrolla aparte y monstruosamente, á despecho de los demás, cuyo funcionamiento acorde perturba.

Se vé ahora por qué nuestras concepciones é imaginaciones ordinarias se nos presentan como tales y no nos producen ilusión; todas están comprendidas entre dos estados extremos, y cada uno de ellos encierra una particularidad que reprime la ilusión.—O bien, como ocurre ordinariamente, son vagas y están despojadas de las condiciones precisas, de suerte que, ya rechazadas fuera del presente por la contradicción de las sensaciones actuales, carecen de puntos de unión para encajar en el presente y el porvenir; de donde se sigue que, desprovistas de situación en el tiempo, aparecen como excluidas de él, es decir, de la vida real, y son declaradas sensaciones aparentes, falsas y puramente imaginarias. O bien, después de una serie de sollicitaciones repetidas, alcanzan el pormenor y la precisión de la sensación real, suspendiendo las sensaciones contemporáneas y los recuerdos ordinarios, pero por un segundo, mediante un éxtasis fugitivo que interrumpe al cabo de un momento la vuelta al estado normal, y que entonces es declarado ilusorio ó interno, porque el esfuerzo de voluntad interior de que ha salido surge de nuevo en la memoria del observador.—Suprimid estas particularidades represivas y la rectificación que se sigue; suspended por varias horas ó varios minutos las sensaciones ordinarias y la cohesión de los recuerdos encadenados, como se ve en el sueño naciente ó completo; haced, como entonces ocurre, que la imagen decolorada y vaga se complete, determi-

ne, y colore; lo que, en el estado de vigilia, hubiera sido declarado simple idea, llega á ser alucinación hipnagógica, luego ensueño intenso.—Por otra parte, prolongad este éxtasis momentáneo; haced que por un accidente orgánico, se repita por sí mismo súbitamente, sin ser esperado ni querido, á despecho de la voluntad; tendréis las alucinaciones de Nicolai, y si el paciente no tiene la razón muy firme, tendréis las visiones de un loco como los que encierran en los hospitales, ó de un místico como los ofrecen la India y la Edad Media (1). La historia del sueño y de la locura da así la clave de la historia de la vigilia y de la razón.

VIII. He aquí también una ilusión de óptica moral que parece al contacto del análisis. Se trata de esas concepciones é imaginaciones que declaramos internas; se acaba de ver por qué mecanismo represivo se nos presentan como tales. Gracias á esta represión, nos aparecen tales como son, es decir, no ya como objetos exteriores ó como hechos futuros ó pasados, sino como hechos dotados erróneamente de esta falsa apariencia, efectivamente interiores y presentes. Pienso en una fila de olmos, y siguiendo siempre, con los ojos cerrados, la verde cortina de hojas en movimiento, acá y allá traspasada por el azul, sé muy bien que es interior y actual. Esta ciencia ó conocimiento se llama *conciencia*, porque su objeto es interior, y presente; se opone de este modo

(1) Léase, entre otros documentos, la autobiografía de Bunyan, la *Vita nuova* de Dante y las obras de Santa Teresa.

á los conocimientos cuyo objeto no está en modo alguno presente ó no es para nada interior; por tal motivo, se le separa de la percepción exterior y de la memoria, y se hace de él un compartimiento distinto, al que se propone una facultad distinta. Todo esto es permitido, y aún cómodo.—Pero aquí comienza el error; somos engañados por las mismas palabras y del mismo modo que á propósito de la memoria y de la percepción externa; como se trata de un conocimiento, se quiere absolutamente encontrar en él un acto de conocimiento y un objeto conocido; nos le figuramos como la mirada de una vista interior aplicada á un hecho presente é interno, del mismo modo que nos hemos figurado la memoria, como la mirada de un ojo interior aplicada á un hecho pasado. Las metáforas ayudan á ello; en efecto, los psicólogos hablan sin cesar de la conciencia, como de un espectador ó testigo interno que observa, compara, toma notas acerca de las diversas concepciones, imaginaciones, representaciones que ante ella desfilan.—La verdad es que entonces no hay en mí dos hechos, de un lado mi concepción, de otro el acto por el cual la conozco, sino uno solo, mi concepción misma. La desdoblamos porque tiene dos momentos, el primero, en el que parece objeto exterior ó hecho pasado, cortina de olmos ó sensación visual anterior, el segundo, en el que rectificadas, parece hecho anterior y presente, fantasma óptico actual é incluido en nosotros mismos. En este desdoblamiento, cuando hemos puesto de un lado el fantasma con todos sus caracteres distintivos, no nos resta ya nada para constituir del otro lado el acto de conocimiento. Este acto está vacío, de donde sucede

que le estimamos simple, puro, espiritual: el error es justamente aquel en que caíamos hace un momento á propósito de la percepción exterior y de la memoria.—En suma, aquí como en otras partes, el hecho interno se reduce á la concepción, representación ó fantasma actual interior; el conocimiento que es tal, es decir, actual, interior y fantasma, no es otro que la rectificación ó negación por la que es excluido del exterior, del futuro y del pasado.

Podemos ahora percibir, en una ojeada de conjunto, el procedimiento que emplea la naturaleza para hacer brotar en nosotros nuestras primeras y principales fuentes de conocimientos. En una palabra, crea *ilusiones y rectificaciones de ilusión*, alucinaciones y represiones de alucinación.—Por una parte, con sensaciones ó imágenes unidas en masas, conforme á leyes que más tarde se verán, forma en nosotros fantasmas que tomamos por objetos exteriores, las más de las veces sin engañarnos, porque hay en efecto objetos exteriores que les corresponden, á veces engañándonos, porque en ocasiones faltan los objetos exteriores correspondientes; de este modo, produce las percepciones exteriores, que son alucinaciones verdaderas, y las alucinaciones propiamente dichas, que son percepciones exteriores falsas.—Por otra parte, uniendo á una alucinación otra contradictoria más fuerte, ésta altera la apariencia de la primera por una negación ó rectificación más ó menos radical; por esta adición, forma alucinaciones reprimidas que, según la especie y el grado de su aborto, constituyen tan pronto recuerdos, como previsiones, como concepciones é imaginaciones propiamente dichas, las cuales,

en cuanto la represión cesa, se trasforman, por un desarrollo espontáneo, en alucinaciones completas.—Formar alucinaciones completas y alucinaciones reprimidas, pero de tal modo que durante la vigilia y en el estado normal, estos fantasmas corresponden de ordinario á cosas y hechos reales, y constituyen así conocimientos, tal es el problema. Vamos á ver cómo las imágenes y las sensaciones proporcionan los materiales, y cómo sus leyes de nacimiento, renacimiento y asociación, construyen el edificio.

LIBRO SEGUNDO

EL CONOCIMIENTO DE LOS CUERPOS